

CONDE DE NOROÑA

(EXCMO. SR D. GASPAR MARÍA DE NAVA ÁLVAREZ DE NOROÑA).

NOTICIA BIOGRAFICA.

Nació en la villa de Castellón de la Plana, el 6 de Mayo de 1760. En el año de 1766 fué nombrado caballero paje del Rey; en 1778 capitán de dragones del regimiento de Lusitania. Se distinguió notablemente en el sitio de Gibraltar, y estuvo á pique de perder la vida en el navio *Paula*, que se colocó en primera fila en el combate llamado de los empalmetados.

Hecha la paz con Inglaterra, le nombró el Rey su enviado extraordinario y ministro plenipotenciario en la corte de San Petersburgo.

En 1792, época de la guerra de España con la República francesa, volvió al servicio de las armas. Dotado de excelentes prendas militares, llegó al alto grado de teniente general, y, como tal, mandó una parte del ejército español en Galicia durante la guerra de la *Independencia*. Alcanzó sobre los franceses la victoria del puente de San Payo.

Murió el CONDE DE NOROÑA en Madrid, á principios del año de 1815.

Las tareas militares y diplomáticas no apartaron nunca al CONDE del cultivo de las letras, que eran su principal recreo. Escribió una tragedia en verso, titulada *Madama Gonzalez*, y dos comedias en prosa: *El Hombre marcial* y *El Cortejo enredador*.

Publicó sus *Poesías* en 1799 (Madrid, imprenta de Vega y Compañía; dos tomos en 8.^o), y su poema *Ommiada* en 1816 (Madrid, en la imprenta Real; dos tomos en 8.^o).

Escribió un *Análisis* del poema del P. Hojeda *La Cristiada* (MS.).

Tradujo del inglés varias poesías árabes, persas y turcas, que con el título de *Poesías asiáticas*, fueron publicadas en París, muchos años después de su muerte (en 1833, en la imprenta de *Jules Didot*).

POESÍAS.

ANACREÓNTICAS.

AL LECTOR.

Estas mis tiernas odas,
En la niñez nacidas,
Que expresan de mi pecho,
Ya rabia, ya alegría;
En donde á cada paso
Retratados se miran
El fuego de Cupido,
De Licó la risa;
A tí, lector amado,
Dedico, no por mías,
Sino porque son copia
De las pasiones vivas.
Sin ellas nunca Apolo
Me templára la lira,
Ni versos me dictára
La docta poesía.

No al lírico teyano,
No á las musas latinas
Que el amor celebraron
De Lesbia, Delia y Cintia;
No al muchacho Villégas
En sus tiernas *Delicias*;
No á Moratin, Cadalso,
No á muchos que le imitan,
Ni menos á Melendez,
Que es la dulzura misma,
Con arrogancia vana
A competir aspiran.
Dejan que éstos su frente
De lauro inmortal cifran,
Mientras la Fama al mundo
Su mérito publica.
Ellas, como se precian
De humildes y sencillas,
Si agradan, han llegado
Al colmo de su dicha;
Que amores y placeres

Casi siempre fastidian
A quien no está agitado
De las pasiones vivas.

CHASCO CRUEL.

Entre sueños anoche
Me figuraba un prado
En donde unas muchachas
Un baile concertaron;
Saltaban y relan,
Hacia yo otro tanto,
Cuando de pronto miro
A Lisis á mi lado;
Al verla tan hermosa,
Suspensos nos quedamos,
Como si nos hiriera
Júpiter con su rayo.
Vuelvo del susto, busco
La causa de mi pasmo,

ANACREÓNTICAS.

La encuentro, y la alegría
Retozaba en mis labios;
Voy á dar á mi Lisis
Mil besos, mil abrazos;
Despierto, y con el lecho
Encuéntrome abrazado.

EXCELENCIA DE LISIS.

Mandó la diosa Venus
Á un pintor afamado
Que un retrato tan bello
La formase en un cuadro,
Que sólo con mi Lisis
Pudieran compararlo;
Y aunque se halló confuso
Con empeño tan árduo,
Juntó, para que fuese
Perfecto y acabado,
Cuántas doncellas eran
En hermosura pasmo.
De Ina pintó la frente;
Los ojos como rayos
De Clorinda; de Elisa
Los encendidos labios;
La nariz de Amarilis;
Los cabellos dorados
De Filida; de Nise
Las torneadas manos;
De Anarda la cintura;
De Dórida los brazos,
Y de la gran Florinda
El pecho levantado.
Pero viendo que Lisis
Sobresalía tanto
Como los fuertes robles
Sobre zarzales bajos,
Arrojó los pinceles,
Haciendo mil pedazos
La pintura, y la dijo,
Aborto con tal caso:
«Ni hay belleza en la tierra
Para hacer el retrato
Que me pides, ni es obra
De entendimiento humano.
Sola tú, Venus, puedes
Ser comparada en algo
Á Lisis; pero de otra,
Es locura pensarlo.»

DE CUPIDO Y LISIS.

En el jardín de Lisis
Cogiendo está Cupido
Mil flores, que deshace,
Jugando como un niño;
Salta una mariposa,
Alarga sus deditos,
Y por pillarla, deja
Sus armas con descuido.
Lisis, que así le mira,
Se acerca de improviso,
Le toma las saetas
Y el arco vengativo;
Menea la cabeza,
Mofándole infinito;
Mas él dice sereno,
Con un blando sorriso:
«Por qué tomas mis armas,
Si tus ojos divinos
Son dardos, que atraviesan
Mucho más que los míos?»

Á UNA PALOMA.

Dulce paloma mía,
Vuela, vuela al momento,
Y, buscando á mi Amira,
Colócate en su pecho,

Tú llevas mis poderes,
Y en ellos mis deseos;
Y así, llora si llora;
Si se rie, haz lo mesmo;
Si se muestra enojada,
Con súaves requiebros
Serena su semblante,
Alegra sus ojuelos;
Si cantar pretendiere,
Con un arrullo tierno
Acompaña su canto,
Más dulce que el de Orfeo;
Si duerme, te suplico
Que la guardes el sueño,
La cubras con tus alas
Y defiendas de Febo;
Si escucha, da con pompa
En torno mil paseos,
É hinchando tu garganta,
Dila cuánto la quiero;
Mas si de este mensaje
Ella hiciere desprecio,
No vuelvas; que tu vista
Me diera más tormento.

Á UNA MOSCA.

Oh mosca, que revuelas
En torno de mi Amira,
Que siempre la acompañas,
Que sus secretos miras;
Tú, que el sueño la robas
Cuando está más dormida,
Con tus sutiles alas
Haciéndola cosquillas;
Tú, que su mano tocas;
Tú, que su pecho picas,
Que en su cabello juegas,
Que besas sus mejillas,
Y que chupas ansiosa
El dulcísimo almibar
De sus rosados labios,
Donde el amor habita;
¡Ay! si tuvieras mi alma,
¡Cuánta fuera tu dicha!
Y si yo tu licencia,
¡Qué de cosas no haría!

Á UN PAJARILLO.

¡Oh tierno pajarillo,
No tengas, no, cuidado,
Ni tampoco te asustes
Por verte entre sus manos;
Porque ese cautiverio,
Si lo juzgas amargo,
Otros lo apetezcan
Por premio á sus trabajos.
¡Así el cielo quisiera
Quitarme el gesto humano,
Y transformado en ave,
Entregarme á quien amol
Si sus dedos hermosos
Me apretáran, ufano
Despreciára del mundo
Las riquezas y faustos,
Si acaso me soltára,
Iria revolando
En torno de su pecho,
Donde haría descanso.
Allí me detendría,
Su blancura admirando,
O atrevido tocára
Con mi piec sus labios.
¡Cuánto mejor es esto
Que buscar por los campos,
A costa de mil riesgos,
De las mieses los granos!
Allí los cazadores
Os están acechando,

Y al rigor de su astucia
Pereceis como incautos.
Mas tú escuchar no quieres
Estos consejos sabios,
Y anhelas con ahínco
Abandonar su lado.
Pues el cielo permita
Que el nido derribando,
En sus manos te coja
Algun crüel muchacho,
Que ate á tu pierna un hilo
Y que de él tire cuando
Quieras dar algun vuelo,
Riendo de tu daño,
Y que despues que te halles
Medio perniquebrado,
Te entreguen por juguete
A las uñas de un gato,
Porque aguantar no quieres
Por un tan breve espacio
De unos dedos tan bellos
El delicioso tacto.

LA DONCELLA ALDEANA.

¡Qué linda que parece
La rústica doncella
Con la saya de paño,
Mantilla de bayeta,
Un sombrero de paja
Cubriendo su cabeza,
Y á su redondo pecho
Un pañuelo de seda;
Su anchurosa garganta
Rodeada de perlas,
Y muchos relicarios
Que con gracia le cuelgan;
Sus cabellos, cogidos
Con una gran peineta
De plata, y una cinta
De colores diversas;
La camisa más blanca
Que la nieve, y en ella
Mil flores, mil dibujos,
Formados con destreza!
De esta suerte adornada,
Y llena de modestia,
Que á veces su semblante
Se enciende y colorea
Porque alguno la mira
Más de lo que debiera,
O porque ante las gentes
Sin rubor la requiebran,
Es mejor á mis ojos
Que todas las bellezas
Que en medio de la corte
Su vanidad ostentan.

UN BORRACHO.

Coronado de yedra,
El rostro abotargado,
Los ojos encendidos,
Espumosos los labios,
El habla balbuciente,
Designales los pasos,
Desabrochado el pecho
Y trémulas sus manos,
Llevando en la derecha
Un anchuroso vaso,
Tan colmado de vino,
Que lo va derramando,
Se acerca hácia nosotros
Filogeno el borracho.
¡Oh qué extraña figura!
¡Qué lástima está dandol
¡Ay Dios, cómo tropiezal
¡Cuál rien los muchachos!
Este le tira un troncho,
Aquél le vierte un jarro;

¡Que se halle entre los hombres
Quien se exponga, insensato,
Por un vicio tan feo,
A un general escarnio!
Callad, responde él mismo;
Que cuando el padre Baco
En mis entrañas bulle
Y me acalora el casco,
No sé qué son tristezas
Ni á qué llaman cuidados,
Ni se me da que todos
Se rían de mi estado.
En calma está mi pecho,
Mil dulzuras gozando,
Ignoradas de aquellos
Aun más afortunados;
Y así al punto apuremos
El vino: ea, bebamos,
Y de lo que otros digan
No se nos dé un ochavo,
Y en su dulce bebida
Ambos ojos fijando,
Hasta la última gota
Deja el vaso apurado.

Á UNOS CELOS.

Extiende con firmeza,
Oh Júpiter, el brazo,
Despidiendo al momento
Tu penetrante rayo.
Cielos, dejad que venga;
Nubes, abrid el paso;
Aires, impulso dadle,
Y fuegos, inflamadlo,
Para que me divida
El pecho desdichado,
Y consuma allá dentro
Unos celos amargos
Que no puedo extinguirlos....
Vamos, Júpiter, vamos;
Pero tente, que puedes
Destruir el retrato
De aquella que los causa,
Que allí también lo guardo;
Y entonces, por vengarme,
Me hicieras mayor daño.

Á DRUSILA.

¡Por qué cuentas tus años,
Drusila, tantas veces?
Los futuros no existen,
Los pasados no vuelven,
Si volaron las gracias
De la edad inocente,
Aun brilla tu cabello
Sobre las tersas sienes.
Es otra tu hermosura;
Porque en ella se advierte
Actividad que atrae,
Dulzura que detiene.
No eres niña que ignora
Si es bueno lo que quiere,
Ni tampoco apagado
El fuego de amor tienes.
Tus años son los propios
Para gozar placeres,
Pues no llegan á treinta
Y pasan de los veinte;
En esta edad el pecho
Con más ardor se enciende;
Se sabe qué es cariño,
Porque mejor se siente;
La Cíprida á manos llenas
Sobre nosotros vierte
Los gustos más continuos,
Más llenos de deleites.
Y así, deja á los años,
Que se van y se vienen;

Porque sólo se goza
El instante presente.

Á CUPIDO.

Quita, que me has herido,
¡Mal hayan tales juegos,
Cupido! ¡Que tus chanzas
Siempre paren en esto!
¡Quieres desenojarme?
Pues haz que me dé un beso
Amira; que á tal daño
No encuentro otro remedio.

DE UNA MUCHACHA.

Al lado de una fuente,
De envidia, mi pastora
Deshace entre las palmas
Las flores más hermosas;
Que se mire en las aguas,
Y allí verá la tonta
Que ellas son las que deben
Estar de ella envidiosas.

DEL AMOR.

Las ninfas, por vengarse
Del muchacho de Vénus,
Cuando incauto dormía,
Ansiosas le prendieron;
Cuál ata con guirnaldas
Su delicado cuerpo,
Cuál á un tronco le amarra,
Cuál le echa un lazo al cuello,
Cuál hace mil pedazos
Sus arpones tremendos,
Y cuál le arroja flores,
Diciéndole de vuestras,
Mas él se burla y ríe,
Y con dulce gracejo
Exclama: «Bobas, bobas,
¡Qué pretendéis con esto!
Yo soy sólo la imagen
Que retrata el espejo;
El amor, que la causa,
Existe en vuestros pechos;
Nace cuando vosotras,
Se aumenta al mismo tiempo,
Y sólo con los años
Viene su fuerza á ménos.
Y así, en tanto que bulle
La juventud, es necio
Quien sujetar pretende
El amoroso fuego.

SILVAS.

Á CUPIDO,

Apaga el hacha ardiente,
Muchacho veleidoso;
Rompe al instante el arco poderoso
Y las flechas agudas, con que herías
A todos fieramente,
Y con las que abatías
Al que de tu potencia se burlaba.
¡Esa venda, esas alas, esa aljaba,
Qué bien que te caían! ¡Tu hermosura
Con ellas qué realce no tomaba
En los dichosos días
Que era dulce tu ardor, tu risa pura,
Snaves tus cadenas!
Mas ahora todo es llanto, todo penas.
Silvia, que con semblante

Hermoso y halagüeño
Mantiene un corazón como el diamante,
Sedujo el mío con amante empeño;
Pero de tal manera,
Que no era el mismo que otros tiempos era;
Pues fué tal su atractivo,
Que me vi, más que amante, su cautivo.
A Silvia hallaba yo por donde quiera:
En la mesa, en la calle, en el paseo;
Como si allí estuviera,
Solía presentármela el deseo;
Cuando al lecho llegaba,
La imagen de mi Silvia me asaltaba;
Al sueño al fin cedía,
Y á Silvia en él veía;
Y al despertar, con Silvia me encontraba;
Silvia era todo cuanto
A percibir llegaban mis sentidos;
Y esta Silvia, olvidada de mi llanto,
De mis tiernos gemidos,
Cual viento se ha mudado,
Y de mi amor ardiente se ha cansado.
Las olorosas flores, que tejieron
Los dedos de tu madre, rotas fueron;
Ajadas y esparcidas
Las he visto por esas mismas manos
Hermosas y atrevidas,
Que, para destrucción de los humanos,
Fueron dulce depósito del fuego
Que ablanda mucho más que el mayor ruego.
De cuanto tú dejaste, nada existe:
Silvia lo destruyó; no más tu imperio.
¡Feliz el que resiste
Tan duro cautiverio,
Y huyendo de tu trato fraudulento,
La amable libertad goza contento!

Á UN CLAVEL.

Encendido clavel, clavel hermoso,
Más que todas las flores oloroso,
Pues tus hojas con pompa desplegando,
Llenas el aura de un olor tan blando
Y tan puro, que al hombre le mitigas
En parte sus pesares y fatigas;
Tú, que honras el verano, con él vienes,
Que anuncias con tu vista tantos bienes,
Adornas los jardines y las salas,
Rezoas en el pelo y en las galas
De las graciosas ninfas, y al fin eres
Testigo fiel de todos sus placeres;
¡Qué tienes? ¡qué te pasa? ¡qué te aflige?
Ya lo veo: bien claro se colige.
Tú vienes á mi mano con despecho,
Porque antes, colocado en aquel pecho,
Donde Vénus anida su hermosura,
En medio de su fuego y su blancura
Gozabas de un deleite no explicado,
Y eras de los amantes envidiado,
Y sientes que te arrojen de su seno
Cuando de él disfrutabas más sereno.
Si es esto, no desmayes, vén conmigo
Porque la misma suerte que tú sigo;
Que también ese pecho poseía,
Y por feliz me tuve en algún día;
Y ahora, de mi trono repellido,
Me angustia el pensar sólo lo que he sido.
Vén, y en mi corazón, clavel, reposa;
Séame tu fragancia deliciosa;
Y pues el mismo sinsabor tenemos,
Mutuamente los dos nos consolemos.

Á LELIO.

Como, Lelio, te encuentras adulado
De Fortuna, que siempre está á tu lado,
Por quien tus trojes ves de mieses llenas,
Y un crecido ganado,
Que ocupa las campiñas más amenas
O hace desaparecer las altas sierras,

Por lo que en tus arcones
Continuamente encierras;
Talegos á millones;
Ahora, confiado en tu ventura,
Piensas que has de rendir esa hermosura,
Que, de mi ardiente llama penetrada,
El oro, el mando, todo estima en nada.
¡Cuánto te engañas! El metal precioso,
De que está un servil pecho codicioso,
No puede corromper el amor puro;
Con éste más seguro
Estuviera el honor de la doncella
Dánae que con el muro
De robusto metal; una centella
De este fuego no más fuera bastante
A resistir constante
Al mismo Jove, en oro convertido.
¡Y habías tú creído
Que al punto destrozara
Mi imagen, de su pecho me arrojara,
Y tú en el trono, que antes poseía,
Habías de gozar de la que es mía?
¡Qué error, Lelio! ¡No ves que los altares
De Vénus y del hijo soberano
Inciensan por mi mano
Con sabéos aromas singulares,
Y cada día ofrezco dos pichones
De sexo diferente,
Más blancos que la nieve, retozones,
Que ya sienten de amor la sed ardiente,
Que admiten mis ofrendas con cariño,
Y que el potente niño
Con sus flechas rechaza los amantes,
Mientras ella con voces insinuantes
A mi Silvia mantiene en la firmeza,
Pagando de este modo con largueza
Mis tiernas oblacones?
Huye, Lelio, y conserva tus doblones
Para una mujertorpe y corrompida;
Que donde la virtud tiene su asiento,
Y en donde con tan firme fundamento
El dulce amor se anida,
No puede tu metal tener cabida.

LA VENIDA DE LA PRIMAVERA.

Á NERINA.

El invierno enojoso,
De nubes rodeado,
Marchóse presuroso
A ejercer su rigor al Norte helado;
En tanto se presenta
La dulce precursora del verano,
Derramando mil flores
Con generosa mano,
Que embalsaman el aire con olores.
Los céfiros suaves,
Libres y exentos de las nieblas graves,
En torno la rodean,
Halagan y recrean
Los pechos aquejados;
Los arroyos, que atados
Con prisiones de hielo
No podían regar el verde suelo,
Ahora sueltos, del monte
Con risa bulliciosa se despeñan;
Corren serpenteando
Por el ameno valle y van regando
Las plantas á porfía;
Renace la alegría
Del rústico, que en la era
Espesas haces hacinar espera;
Los troncos corpulentos,
Que resistieron con vigor constante
A los bravosos vientos,
Con risueño semblante
Al cielo elevan sus crecidas ramas,
Cubriéndolas con hojas al instante;
Y un crecido ganado
Los pájaros canoros
Forman diversos coros,
Canciones entonando,